

Génesis de una catástrofe anunciada

Agustín Salvia

Si bien la situación social y ocupacional del país fue durante buena parte del siglo XX muy diferente a la de la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso histórico de los últimos treinta años puso en escena un patrón de producción de pobreza y marginalidad que logró diluir muchas de esas diferencias. Ahora bien, cabe no confundir las consecuencias con las causas. Este proceso –no por menos violento– fue de naturaleza histórica muy distinta a la que estructuró la tradicional pobreza latinoamericana.

En términos generales, cabe reconocer dos procesos históricos estructurantes de la actual crisis económica y social argentina. Por una parte, el renovado ciclo de expansión financiera y comercial que experimentó el capitalismo bajo la fuerza de una mayor concentración económica y renovación productiva. Por otra parte, el proceso local de agotamiento, crisis y mutación que –desde mediados de los setenta– fue experimentando el régimen social de acumulación y el sistema político de dominación corporativa (Nun, 1987; 2002).

En este marco, cabe rechazar toda simplificación de la historia argentina reciente. De acuerdo con la evidencia, es al menos exagerado imputar a las políticas económicas y sociales introducidas durante la década de los noventa como la causa del extraordinario escenario de inequidad, segmentación, pobreza y descomposición que exhibe actualmente la estructura social.

La génesis histórica de esta decadencia muestra desde mucho antes las marcas de un capitalismo financiero en expansión y, junto con ello, la crisis estructural de una nativa sociedad salarial corporativa fundada en un modelo de industrialización sustitutiva. En este contexto, es posible reconocer la emergencia de dos dinámicas de estructuración del deterioro social que aunque relacionadas surgen y participan de encadenamientos independientes:

a) En primer lugar, la mayor concentración y especialización de los procesos productivos habrían generado el deterioro y posterior desplazamiento de amplios sectores que constituían el núcleo duro de la sociedad salarial del modelo industrial sustitutivo. Este proceso habría tenido como eje dominante los cambios tecnológicos y organizacionales que operaron sobre el vértice de la estructura productiva afectando los funcionamientos generales del resto de la estructura económica y social.

b) Al mismo tiempo, la imposibilidad de una renovación en los niveles intermedios de la estructura socio-productiva y socio-política, junto a un agotamiento de las capacidades de intervención del Estado en el marco de un sistema social cada vez más heterogéneo y conflictivo, habrían implicado una crisis estructural en las oportunidades de movilidad social y en las redes de inserción de viejas y nuevas generaciones de marginales estructurales y clases medias vulnerables (adheridos a la promesa de “estudia y trabaja y habrás de progresar”).

Estos procesos subyacentes durante varias décadas se hicieron más marcados y evidentes en el contexto post hiperinflacionario y ajuste estructural de los años noventa (tipo de cambio fijo, apertura económica y flexibilización laboral). Junto a la débil integración del sistema social que devino de esta situación, se hizo más que nunca evidente el carácter heterogéneo de la estructura productiva y fuertemente segmentado del mercado de trabajo. Estas condiciones produjeron a su vez un estallido de nuevas desigualdades, cristalizadas en una estructura social más empobrecida y fragmentada.

Las consecuencias más importantes de este proceso han sido la debilidad de la demanda agregada de empleo orientada al mercado interno, la baja calidad del empleo generado, la caída en los ingresos reales de las familias, el deterioro de la seguridad social y el fuerte incremento en los niveles de concentración del ingreso.

De acuerdo con esto, la clave interpretativa más importante de este proceso no es en sí el problema de la propagación de la pobreza, sino la forma en que las nuevas condiciones sociales han dado origen a conflictos y

relaciones de fuerza diseminadas territorial, social y culturalmente, siendo a su vez funcionales a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos actores.

En este marco, la “naturalización” del deterioro de las relaciones laborales en las distintas esferas sociales parecería alejar del campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio social de la subsistencia y de la intervención corporativa. A la vez, buena parte de la intelectualidad progresista se ocupa de montar la utopía del *nuevo sujeto histórico*, teniendo como claro referente a la masa de desposeídos y desocupados olvidados por el capitalismo argentino. Con este mismo efecto cabe también ubicar la renovada valorización que se hace a las “economías de la pobreza” – resignificadas como *economía social* o *economía popular*– felicitando su expansión, potencial autonomía y creciente empoderamiento (Coraggio, 1994, 1998; Banco Mundial, 2001); o, al menos, su capacidad de reafirmación de una particular identidad (Vasilachis de Gialdino, 2003); o como factor “socializante” y de resignificación de lo colectivo (Schuster y Pereyra, 2001; Svampa, 2003; Bialakowsky y Hermo, 2003)

Sin desmerecer el valor sociológico de estas resignificaciones, cabe tomar distancias de las mismas para señalar que si bien no todas las demandas tienen la misma posibilidad de establecer los temas de agenda, lograr fijar un tema a partir de la movilización de los actores y de la opinión pública, no implica definir el modo de resolución del problema ni mucho menos conducir la estrategia global. Desde esta perspectiva, cabe destacar que por mucho que las “economías de la pobreza” se hayan multiplicado, se las represente revalorizadas, produzcan nuevas viejas formas de identidad y constituyan un objeto privilegiado de las actuales políticas públicas (no importa si paliando o agravando la crisis del empleo), el desempleo, el subempleo y la precariedad laboral continúan siendo las formas típicas bajo las cuales se expresa la mayor subordinación del trabajo a las estrategias de acumulación y las condiciones objetivadas de su mayor explotación presente y futura.

Deterioro del mundo del trabajo

La evidencia estudiada y conocida es clara en cuanto a mostrar que los problemas económicos y laborales en la Argentina no tienen reciente gestación (Altimir, O. y Beccaria, L., 1999; Neffa, et al, 1999; Salvia, Rubio et al, 2003; Monza, 2003; entre otros). En lo fundamental, desde hace casi tres décadas que el régimen de acumulación argentino no logra desarrollar una dinámica sustentable de crecimiento económico, generando esta dinámica una pérdida neta de empleos plenos, a la vez que un aumento exclusivo del subempleo y la precariedad laboral bajo formas socio-productivas muy heterogéneas.

La problemática ocupacional en la Argentina actual alcanza una gravedad por demás extraordinaria, sólo asimilable a una situación de catástrofe natural o bélica. Más de 10 millones de personas (70% de población económicamente activa) sufren problemas de empleo, tales como la desocupación, el trabajo indigente, el empleo precario, el subempleo o la insatisfacción laboral, si se excluye de esta situación a los que teniendo un empleo registrado y un ingreso mínimo legal no buscan trabajar más horas ni cambiar de trabajo. En este caso, la masa de trabajadores sobrantes del capitalismo argentino asciende de todos modos a casi 7 millones de personas, lo que representa el 50% de la fuerza de trabajo urbana (Salvia, 2003).

En igual sentido, la heterogeneidad y debilidad del mercado de trabajo se sigue haciendo evidente cuando se confirma que la mitad de la fuerza de trabajo ocupada se encuentra inserta en un mercado secundario o terciario dominado por la informalidad laboral. Sólo el 35% de los ocupados se encuentran insertos en el mercado primario privado, mientras que el 15% está ocupado en el sector público.

En este marco, los indicadores sociales (como por ejemplo que el 50% de los hogares urbanos están en situación de pobreza) constituyen una expresión directa de esta estructura económico-ocupacional. En variados aspectos esta fuerza de trabajo excedente, muy lejos de estar integrada al mercado laboral como ejército industrial de reserva, constituye –en términos de J. Nun (1969)– una masa marginal al menos poco funcional,

cuando no disfuncional, a la dinámica de acumulación concentrada y a la regulación institucional del régimen de dominación social.

Con el objeto de precisar mejor el problema, cabe mencionar algunos de los principales rasgos que enfrenta la actual estructura social del trabajo en la Argentina:

1) El débil crecimiento de la demanda agregada de empleo y el aumento generalizado de las formas precarias y extralegales de contratación tiene lugar en un sistema productivo con fuertes desigualdades estructurales. Esto explica el achicamiento del mercado interno, el aumento de la pobreza y el incremento de la desigualdad social.

2) El desempleo y el subempleo se han convertido en un déficit estructural, muy lejos de poder ser explicado en términos de factores tecnológicos o demográficos o por déficit en el capital humano. Se trata de un problema que afecta a la mayoría de la fuerza de trabajo, tanto a trabajadores adultos como a nuevos trabajadores jóvenes; a la vez que los trabajadores de baja calificación constituyen un grupo particularmente vulnerable en términos de precarización laboral.

3) El mercado laboral está afectado por una fuerte segmentación de las oportunidades de empleo en términos de calidad y remuneraciones; lo cual ha ampliado las brechas socio-institucionales y culturales entre el sector formal y el sector informal de la economía; a la vez que se destaca un alto deterioro de la productividad del trabajo, especialmente en los segmentos informales. El aumento de esta oferta laboral se explicaría en particular por la gravedad y extensión del desempleo y la pobreza en los hogares.

4) Estas características de crisis del mercado de trabajo se presentan en forma heterogénea según la región, sus capacidades productivas y desarrollo político-institucional. En particular se agrava con la depresión de algunas economías regionales y la falta de iniciativas de desarrollo local, tanto en el conurbano bonaerense como en diferentes zonas del interior del país.

5) Se destaca un fuerte déficit institucional por parte del Estado

para encarar un modelo de crecimiento endógeno y una política de regulaciones que atienda estos problemas. Los institutos del Estado vinculados a la atención de los déficit de empleo, desempleo y precariedad laboral se ven desbordados ante la magnitud de la pobreza, la marginalidad social y la informalidad laboral.

Las nuevas economías de la pobreza

El trabajo remunerado es todavía un valor cultural importante para la mayor parte de la sociedad argentina. Cabe recordar que en el marco de la sociedad salarial, no tener un empleo estable se constituyó en una vía de sufrimiento profundo para el que lo padece (Jahoda, 1987). Es fuente de desánimo (la gente necesita ser necesitada) y causa de desvinculación social (Nickell, 1994).

En efecto, el desempleo en este contexto no sólo implica perder un ingreso, acceso a la salud, derecho a jubilación, asignaciones familiares, indemnizaciones por despido, seguro de trabajo, etc., sino también perder los medios instituidos de vinculación y participación en un trayecto de sociabilidad común y en un orden público determinado (Castel, 1997; Fitoussi y Rosanvallon, 1998). No hay muchos flagelos parecidos en la larga lista de males que pueden afectar a las personas en el marco de la sociedad fundada en el trabajo asalariado.

Si bien la crisis económica y social que afecta al país tiene varias décadas, no cabe menos que sorprenderse que la degradación social originada por el desamparo crónico, o por un desamparo ocasional que se hace crónico, tenga un carácter tan masivo y persistente como atomizado e impasible. Ahora bien, ¿es esto efectivamente así?

A lo largo y ancho del país la fuerte necesidad de trabajo ha hecho emerger un conjunto de variadas expresiones económicas de nuevo signo: microempresas familiares, emprendimientos vecinales asociativos, nuevas cooperativas de consumo, movimientos de desocupados que administran planes sociales y asisten a la reproducción social, cooperativas de trabajo que recuperan empresas y las ponen a producir, y otras iniciativas donde prevalece el fin social sobre el lucro individual. En su conjunto, un

movimiento heterogéneo de actores, iniciativas y estrategias –fuertemente asentadas en lo territorial– que hacen a muchos suponer la emergencia de una "economía social o popular" en franca oposición a la dominante economía capitalista de mercado.

Pero lo único comprobado y comprobable es que estas iniciativas representan hoy para centenares de miles de familias la principal vía de subsistencia. Ahora bien, ¿en qué medida son además la expresión embrionaria de una nueva concepción del mundo del trabajo y de un nuevo modo de construcción de identidad política y social? Y, más importante, ¿en qué medida dichas prácticas pueden generar un punto de inflexión en el tiempo medio de la historia económica, social y política de este país en el contexto de la globalización?

Estas preguntas convocan a problematizar qué es lo realmente nuevo y significativo que producen estas formas de asociación y las acciones que despliegan y gestan estos movimientos. ¿Nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio o actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso? ¿Viejas nuevas formas de reclamo y de afirmación del cambio social o prácticas instrumentales desesperadas en un contexto de creciente pérdida del valor presente del futuro? ¿Economías sociales en lucha por el poder o economías de la pobreza en fase de reproducción ampliada?

Para muchos entusiastas visionarios estas preguntas resultan por lo menos innecesarias, cuando no imprudentes. Lamentablemente, prefiero ser crítico proponiendo una mirada mucho menos ideológicamente optimista. No porque no pueda reconocerse en tales iniciativas la expresión de un conflicto social; ni tampoco porque ellas no logren constituirse en verdaderos "laboratorios de vida" (Mellucci. 2002) instituyentes de nuevas articulaciones socio-culturales. Tal vez todo esto y mucho más.

Frente a lo que se dice que tales iniciativas son –o podrían ser–, cabe llamar la atención que subsumido el sistema capitalista argentino en una larga crisis estructural, tales prácticas de autogestión se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el sector informal y los encadenamientos corporativos o clientelares tradicionales –incluida la red estatal–; y que si bien las demandas sociales

se multiplican estableciendo los temas de la agenda –aunque sin resolverse–, el eje de sentido dominante de la acción sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. A lo sumo, para los propios protagonistas –y esto es lo que intenta construir– la economía social constituye la primera estación –y no la última– de una estrategia de reinserción laboral y movilidad social.

En este contexto no parece florecer la libertad y la autonomía de ser –económica y política– sino una mayor descomposición y fragmentación social que tiene incluso a estas nuevas iniciativas como espacios de reproducción de la marginalidad y de las relaciones de fuerzas sociales que las hacen posible. Es en este orden de conflicto que presenta particular relevancia evaluar con mayor capacidad crítica la crisis de la sociedad salarial nativa, sus derivaciones en términos de fragmentación social y la emergencia de nuevas formas de segregación y precariedad en el mundo del trabajo.

Significado social y político de las economías de la pobreza

Siguiendo este enfoque cabría en cambio centrar la atención en las condiciones de desamparo social en que se encuentran los segmentos sociales de la economía de la pobreza: a) la creciente debilidad de los vínculos con el mercado de trabajo formal, b) el reforzamiento de este déficit a través de mecanismos impuestos de segregación residencial y de segmentación de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social); y c) el progresivo auto-aislamiento del resto de la estructura social (mercados estructurados, circuitos regulados y cultura de masas) como mecanismo autoregulado de tipo estratégico-defensivo.

En tales condiciones, los sujetos se autodefinen sensibles para emprender una estrategia de socialización en procura de garantizar la subsistencia y procurar su reafirmación. La generalización de estas prácticas tiende a constituirse en procesos instituyentes de mutación, recreación o creación de nuevos lazos sociales, fundados internamente por lógicas defensivas en donde lo cooperativo es meramente instrumental. Por lo

mismo, estas víctimas sociales se asocian bajo estructuras atomizadas y competitivas –no importa su signo y definición de sentido–.

Dichas características surgen fundamentalmente por los escasos recursos económicos y sociales disponibles, la falta de un orden global legítimo, la ausencia de expectativas que den valor presente al futuro y la falta de mecanismos generalizados de coordinación e integración social. En este sentido, no debe sorprender que estas hayan sido también las formas conocidas que asumieron las prácticas de socialización puestas en juego por las víctimas del Holocausto (P. Levi, 1985 y Z. Bauman, 1998).

Este avance de la segmentación en distintas esferas de la vida social constituye una importante fuente de tensiones y conflictos. En particular, debido a que la mayor parte de la sociedad argentina mantiene vigente –aunque debilitado– un ideal de igualdad de oportunidades, afirmado históricamente a través de la universalización de fuentes de movilidad social y del acceso a selectivas aunque robustas instituciones de bienestar. Por lo mismo, las actuales iniciativa autónomas de sectores afectados por la expropiación de sus capitales físicos y sociales, la devaluación de sus capitales humanos y el deterioro de oportunidades de movilidad social, constituyen fundamentalmente una reacción contra la falta de oportunidades de movilidad, seguridad y bienestar de la sociedad salarial prometida.

Sin embargo, es claro que los reclamos no son los mismos ni que sus reclamadores están articulados de algún modo programático o funcional con respecto a la matriz que le da origen. Al respecto, cada sector demanda su particular cuota política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y garantía de derechos especiales.

De esta manera, la pobreza generalizada –a la vez que políticamente movilizadora– en una sociedad en crisis como la nuestra en efecto significa una redefinición de los lazos sociales, pero no en clave de integración sino de fragmentación de las relaciones sociales (de ninguna manera una anomia individual, ni mucho menos ausencia o vacío de vínculos sociales). Es decir, la exposición al desempleo crónico y generalizado en condiciones de desamparo absoluto significa una redefinición de los lazos sociales en dirección a la degradación de los espacios institucionales ciudadanos o

corporativos establecidos; incapaces estos a su vez de recomponer su propia legitimidad perdida. El proceso convoca a pensar en un deterioro social no del tipo de la *degradación caracterial* que describe Sennett (2000) para las sociedades post industriales; si no más bien del tipo descrito por Wacquant (2001) para las formas que asume la nueva marginalidad urbana en todo el mundo.

Por lo mismo, intentar revertir el problema de desempleo en términos de “economía de la pobreza” (o economía social) no sólo no garantiza una reparación (aunque sí un reemplazo) de los lazos de integración y de los soportes intersubjetivos perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos fundados en el trabajo asalariado, sino que – afirmando su identidad y recluyéndose en el espacio territorial– tiende a profundizar su crisis, resultando al mismo tiempo incapaz de poder cambiar efectivamente las condiciones generales de dominación y dar solución a la profunda crisis del capitalismo argentino.

De tal manera que lo más destacable del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción y autoorganización social que la crisis genera entre los pobres y desplazados, sino los efectos de alienación y mutación que tales condiciones tienden a generar en los sujetos – individuales o colectivos–, poniendo en escena respuestas que reproducen de manera recursiva y ampliada una matriz atomizada y dominada de integración social.

¿Pero nada significativo emerge de este proceso social? Sí, lo realmente nuevo y significativo parece ser el contexto de significados y, por lo tanto, el impacto simbólico en el campo de las representaciones colectivas que tienen estos degradados reclamos sociales sobre una la matriz económica y socio-cultural dominante. ¿Qué dicen sin decir las “economías de la pobreza”? Al menos cabe considerar tres efectos de sentido en cuanto a la puesta en evidencia de: 1) el profundo fracaso del capitalismo argentino; 2) los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la debilidad de la sociedad civil y de la opinión pública para neutralizarlos; y 3) el poderoso potencial disponible por parte de la sociedad marginada para atender sus propia reproducción *al*

margen o en contra de la sociedad estructurada y formal.

Dicho de otra manera, lo importante y verdaderamente nuevo no es el contenido de los discursos que portan o crean para sí las “economías de la pobreza” sino el *sentido social* que se construye “fuera de ellas” a partir de los modos en que tales protagonismos afirman y defienden su existencia. Un sentido que da testimonio de un riesgo serio para la matriz social privilegiada y que va imponiendo como necesario y urgente redefinir el contrato social y político que regula la reproducción económica y el sistema de dominación.

Una cuestión con fuerte vigencia en estos días y que tiene como protagonistas visibles a la actual clase política, a la dirigencia social y a la opinión pública. Por ahora, nada más.

Bibliografía

Altimir, O. y Beccaria, L. (1999). El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina. En *Serie Reformas Económicas N° 28*. Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEALS.

World Bank (2001). *World development report 2000/2001*. Washington:WB.

Bauman, Zygmunt (1998). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.

Bialakowsky, A. y H. Javier, (2003). Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local. En A. Bialakowsky (comp.), *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina*. Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003, Revista Herramientas, Buenos Aires.

Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Coraggio, José Luis (1994). *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*. Quito: Instituto Fronesis.

----- (1998). Las redes del Trueque como Institución de la Economía Popular En *Economía Popular Urbana: Una Perspectiva para el Desarrollo Local*.

Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1998). *La nueva era de las desigualdades*. Barcelona: Manantial.

Jahoda, M. (1987). *Empleo y Desempleo: Un Análisis Socio-Psicológico*. Madrid: Morata.

Levi, Primo (1985). *¿Si ahora no, cuando?*. Madrid: Alianza.

Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y Pérez, P. (1999). *Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina* En Serie Exclusión Social –

Mercosur, No. 109. Santiago de Chile: Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford.

Nickell, S. (1994). *The unemployment crisis*. Oxford: Oxford University Press.

Nun, J. (1987). Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia. En Nun, J. y Portantiero, C. (comp.), *Ensayos sobre la Transición Democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.

..... (1969). Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Mexicana de Sociología*, vol 5, N° 2.

..... (1999). Nueva visita a la teoría de la masa marginal. *Revista Desarrollo Económico*, vol 39, N° 154.

..... (2002). *El proceso democrático en la Argentina. Ponencia preparada para el Seminario Brasil - Argentina A Visao do Outro*. Brasilia: Fundación Centro de Estudios Brasileños.

Melucci, Alberto. (1996). *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.

Salvia, A., Rubio, et al (2003): *Deuda Social Argentina / 1 Trabajo y Desempleo*, Buenos Aires: Departamento de Investigación Institucional, Universidad Católica Argentina.

Salvia, A. (2003). *Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002*. Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral Año 4, N° 11-12. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.

Schuster, F. y Pereyra, S. (2001). La protesta social en la Argentina democrática. En Giarraca, Norma (comp.), *La protesta social en la argentina*. Buenos Aires: Alianza.

Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Svampa, M. (2003). *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Universidad de General Sarmiento, Biblos.

Vasilachis de Gialdino, I. (2003). Trabajo, situaciones de pobreza e identidad. En A. Bialakowsky (comp.). *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina* Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003. Revista Herramientas, Buenos Aires.

Wacquant, Loïc (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.